

*PARTI PRIS\**

Las recientes reflexiones sobre el tema contraponen casi invariablemente la «idea del comunismo» al «movimiento real» del mismo nombre que, tras su derrota, ha sido ampliamente sometido a demonización retrospectiva. Tal ha sido la proliferación de *totalitariana*\*\* desde que la Guerra Fría acabó en victoria capitalista, que las críticas de Eric Hobsbawm a la escuela de «caza de brujas» en la historiografía sobre el comunismo, escritas hace unos cuarenta años, conservan buena parte de su pertinencia. Este es el ámbito intelectual aproximado en el que la noble intervención del fallecido Lucio Magri, *Il sarto di Ulm*, publicado en Italia en 2009, aparece ahora en inglés, en una excelente traducción efectuada por Patrick Camiller. Tras despedirse de *La Rivista del Manifesto* en 2004, su autor se declaró un «comunista a menudo apóstata» que sentía «la necesidad y el deber de llevar la contraria y de no cruzar esa línea que separa hasta la más dura crítica de una desestimación integral y un rechazo completo de la herencia comunista». Dudando de que pudiese cumplir tan ardua tarea, terminó recalcando la necesidad de efectuar «un análisis diferenciado, una historia alternativa sobre la tradición comunista y su derrota».

A pesar del subtítulo en inglés [y en castellano] *Communism in the Twentieth Century* [y *El comunismo del siglo xx. Hechos y reflexiones*], aparentemente solicitado por Magri, *El sastre de Ulm* no es esa historia, aunque contiene las semillas de la misma. Por el contrario, como transmite el original italiano, *Una possibile storia del PCI*, su aportación al indicado balance del comunismo histórico es «mucho menos [...] y algo más» que un estudio global de su variante italiana. Salvo en dos aspectos. Para empezar, Magri se centra en episodios clave en la trayectoria del PCI posterior a la refundación del partido durante la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, su libro no es una obra documentada de la historiografía profesional, con el acostumbrado aparato de notas y referencias; la abundante bibliografía de historias, polémicas y memorias recibe sólo una mención de pasada. Pero esta pérdi-

---

\* Lucio Magri, *The Tailor of Ulm: Communism in the Twentieth Century*, Verso, Londres y Nueva York, 2011, 434 pp. [ed. cast.: *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo xx. Hechos y reflexiones*, prólogo de Manuel Monereo, Barcelona, El Viejo Topo, 2010].

\*\* Así en el original inglés de la revista [*N. del T.*]

da (si es que lo fuese) está compensada por una notable ventaja. *El sastrer de Ulm* aprovecha el punto de observación privilegiado de Magri, protagonista –importante desde mediados de la década de los ochenta– en el drama que despliega, basándose en el «archivo viviente íntimo, almacenado» de su autor. El resultado es un libro comparable a las obras clásicas de Fernando Claudín, en la izquierda, o Franz Borkenau, en la derecha, en cuanto partícipes y observadores del comunismo.

Simétricamente, en dos aspectos, el libro es mucho más que una historia del PCI. Redimiendo la promesa del subtítulo original, Magri introduce elementos de una historia alternativa avanzando «hipótesis que no se tornaron realidad, pero pudieron haberlo hecho», *faits inaccomplis*, por así decirlo. Asimismo, respetando el precepto gramsciano de que «escribir la historia de un partido es escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico», Magri efectúa la extensión necesariamente requerida cuando el partido en cuestión es el comunista. Porque los determinantes nacionales del destino de cualquier organización comunista deben conjugarse de modo variable con los factores internacionales que condicionan su actuación, en resumen, lo que el líder del PCI Palmiro Togliatti denominó el «vínculo de hierro» con el movimiento comunista mundial. Si bien la dimensión nacional y la creciente integración de los partidos en sus propias formaciones sociales se volvió dominante después de 1956, cuando Jrushchov aceptó las «sendas nacionales hacia el socialismo», lo internacional siguió siendo, inevitablemente, uno de los vínculos que unían incluso a aquellos partidos –entre ellos, ocupando un lugar destacado, el italiano– que ya no consideraban a la Unión Soviética un Estado modelo. En consecuencia, Magri no sólo dedica una sección introductoria a catalogar el «complejo legado» transmitido al PCI por el comunismo de preguerra, con costosos fracasos y éxitos apenas menos costosos; contrapone constantemente los sucesos internos y externos que formaron el contexto operativo del PCI, con capítulos sobre las dos guerras mundiales, la desestalinización y el hundimiento del «socialismo real».

Consciente de la dificultad de alcanzar «la distancia crítica necesaria» para componer su «historia potencial», Magri estipula al comienzo que su intención es «reflexionar [sobre el tema objeto de su estudio], no rehabilitarlo ni restaurarlo». La dificultad aumenta, sin embargo, porque su ambición de hecho va mucho más allá de la reflexión. Tiene esencialmente tres componentes. Magri asume la refutación de las dos líneas de interpretación principales sobre el comunismo italiano: en líneas generales, bien que fue de tendencia socialdemócrata o bien que fue incorregiblemente estalinista. Con ello, intenta falsear el corolario de ambas: a saber, que la transformación total en el Partido Democrático de la Izquierda tras 1989 fue sencillamente lógica y por supuesto deseable. En el proceso, Magri aborda una reivindicación crítica del PCI en su búsqueda de una *terza via* entre el estalinismo y la socialdemocracia. En la formulación que hace de su tesis:

De manera intermitente, y sin llegar plenamente a desarrollarlo, el PCI representó el intento más serio de alcanzar una «tercera vía» en su periodo histórico.

Es decir, intentó combinar reformas parciales, amplias alianzas sociales y políticas y un compromiso con la acción parlamentaria, por un lado, con resueltas luchas sociales y una crítica explícita y compartida de la sociedad capitalista, por otro; construir un partido muy cohesivo y militante, rico en cuadros ideológicamente preparados pero con una base de masas; y apoyar su afiliación a un campo revolucionario mundial, soportando las restricciones que esto suponía pero ganándose para sí una autonomía relativa. No fue cuestión de mera duplicidad; la idea estratégica unificadora fue que la consolidación y el desarrollo del «socialismo real» no proporcionaron un modelo que un día pudiera aplicarse [...] pero fue el telón de fondo necesario para un tipo de socialismo distinto en Occidente.

Puesto que Magri considera que esto fue lo que en otra parte había denominado «una política de ambición a un tiempo radical y realista», surge la cuestión de las cuestiones: ¿dónde se produjo el abandono? Aunque el autor no la elude, tampoco la responde satisfactoriamente, en parte por la perplejidad, reconocida con tristeza, ante el éxito de la operación que transformó el PCI en el PDS.

La clave para el misterio debe de estar en alguna parte de la trayectoria que Magri analiza con una independencia mental y una falta de rencor aún más llamativos si tenemos en cuenta que su partido lo abandonó, no él al partido, dos veces. Dicha ecuanimidad quizás esté conectada con la evaluación retrospectiva de la primera ruptura, en 1969, cuando Magri y otros fueron expulsados por publicar una revista no autorizada, *Il Manifesto*. Porque ahora ofrece una sobria autocrítica del «extremismo simple» hacia el que reconoce que viraron él y sus camaradas después de que los dirigentes del partido rechazasen su ambición de ayudar al PCI a renovarse. Cualquier conocedor del impresionante trabajo del grupo sabrá en qué medida *Il Manifesto* —sometiéndose a la atracción gravitatoria de la Revolución Cultural china, lanzada como una «ruptura izquierdista con el estalinismo»— llegó a manifestar una crítica maoísta contra el «capitalismo de Estado» soviético y el «revisionismo» del movimiento comunista, en una coyuntura que supuestamente había puesto la revolución mundial en la agenda. («*Vous tissez du mauvais coton*», afirma Rossana Rossanda que le aconsejó Ralph Miliband en aquel momento.) Desengañado de las perspectivas de la «política extremista» e inspirado por un giro en apariencia positivo en el PCI, la vuelta de Magri al rebaño en 1984 proporciona la perspectiva sosegada desde la que analiza el pasado del partido en *El sastrero de Ulm*.

El punto de partida es la *svolta di Salerno* de Togliatti, en marzo de 1944, el «acto fundador» de un «nuevo partido», que pospuso la reforma social y política hasta lograr la liberación, y limitó la reforma a la creación de una «democracia progresista». Rechazando con brusquedad «toda la parafernalia del debate sobre la “revolución bloqueada”», Magri critica sin embargo al PCI por mostrarse indebidamente conciliador en el gobierno de coalición de posguerra. De hecho, el elemento fundamental de cualquier crítica realista al expediente del partido en estos años no es que mostrase

deficiencias como partido revolucionario –el «viento del norte» encontró formidables barreras en el sur y más allá–, sino, cuando tuvo la oportunidad antes del comienzo de la Guerra Fría, como partido reformista. Porque de manera gratuita se contuvo ante las prerrogativas concedidas a la Iglesia católica por los Pactos de Letrán y ante el aparato estatal que sobrevivió al fascismo prácticamente indemne, las mismas fuerzas que más tarde lo pusieron en cuarentena. Operando *in partibus fidelium*, Togliatti y sus compañeros proyectaron en la Democracia Cristiana un yo mejor del que esta nunca hubiera creído poseer: un «alma popular», dissociable de su «alma reaccionaria», que podía guardarse con fines progresistas y que entretanto no debía ser rechazada por anticlericalismo. (Una constante en el cálculo político comunista, esta falacia induciría con posterioridad un reprochable retraso en los derechos de divorcio y aborto.) Como resultado, el PCI fue totalmente eludido, utilizado y despachado por Alcide De Gasperi, también un maestro, como Charles de Gaulle, en decir la última palabra. Expulsado sin esfuerzo del poder en mayo de 1947, nunca lo recuperó, fue aplastado junto con su aliado socialista en unas elecciones generales decisivas un año después, y condenado al ostracismo durante mucho tiempo. Para entonces, se había impuesto la Guerra Fría, una «opción unilateral» de Occidente en opinión de Magri, a pesar de que fue propiciada por las respuestas contraproducentes del Este. Desde 1947, el PCI fue incluido en el Cominform, algo que sólo concedió a Togliatti espacio para la «limitación de daños» que Magri le concede.

Magri recuerda el XX Congreso del PCUS, que dio inicio a un ambiguo proceso de desestalinización que permitió al PCI establecer su propio curso, como un suceso bien recibido: «La fe empezaba a quebrarse, pero la esperanza podría compensarlo». En el plano internacional, la línea del PCI pasó de la «unidad en la diversidad» del comunismo mundial al «poli-centrismo», independizándolo cada vez más de Moscú. (A comienzos de la década de los sesenta, el líder del ala derecha del partido, Giorgio Amendola, llegó a registrar la necesidad de «liberarnos de la hipoteca soviética».) En el plano interno, tras la deposición del esquivo Pietro Secchia como secretario de organización, en el VIII Congreso del partido –como en 1956– Togliatti estaba elaborando la estrategia de las «reformas estructurales» que seguiría siendo su estrella polar, su fuente legítima en cierta interpretación de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci. Magri describe la «tercera vía» como una «delgada línea [...] entre el reformismo gradualista y la revolución socialista». Dado que nunca se transitó, ningún juicio puede ser definitivo a este respecto. Pero es verosímil considerar dicho proyecto como, por citar a un historiador del comunismo alemán, «una cuadratura revolucionaria del círculo reformista»; una *lusus historiae*, por así decir, en la que algo –las estructuras o las reformas– tiene que darse. Como ha dicho Paul Ginsborg, la «senda italiana hacia el socialismo» señalaba potencialmente en dos direcciones completamente inesperadas para aquellos que la establecieron: el enfrentamiento frontal, conducente a la guerra civil; o la integración total, sellando un *Burgfrieden* que significa una *no*-oposición leal dentro del sistema. Sobre la base –sólida o espuria–

de evitar el primer destino, con el «compromiso histórico» de mediados de la década de los setenta, el PCI corrió el riesgo de llegar a la segunda. No se escuchó la advertencia pronunciada por Claudín en la cumbre del Eurocomunismo: «En política no todos los caminos conducen a Roma, aunque puedan conducir al control de su ayuntamiento».

Dichas consideraciones corresponderían al futuro. Sostenido por los votos de una cuarta parte del electorado en 1963 y con 1,5 millones de afiliados que habían resistido la dura represión en las fábricas y en las calles en los momentos culminantes de la Guerra Fría, demostrando su valentía en la lucha contra la *Legge truffa* en 1952-1953, el PCI, en palabras de Magri: «Alcanzó la madurez en los sesenta, y siguió creciendo y arrojándose en un proyecto original y ambicioso». Con el milagro económico cebado por la migración masiva del campo sureño a las industrias del norte se produjo un renacimiento obrero, que explotó en una lograda acción y se entremezcló con la revuelta estudiantil a finales de la década. En 1966, en el XI Congreso del PCI, la izquierda, en general unida en torno a Pietro Ingrao, había presentado un reto no tanto contra la línea del partido como contra el sistema de la «democracia protegida» (término de Magri) que inhibía un debate sincero sobre aquella, y pagó el precio de la expulsión temporal o el aislamiento. Para Magri, la negativa a afrontar las consecuencias del «neocapitalismo», que invalidaban la premisa del «retraso» italiano de la que se deducían los objetivos políticos intermedios, y el ascendiente de la posición de Amendola sobre el «extremismo» en las universidades (una «batalla en dos frentes»), equivalió a una oportunidad perdida.

De igual importancia fue la complacencia del partido, una vez salió Togliatti de escena, respecto a la crisis en el movimiento comunista internacional. En opinión de Magri, la escisión chino-soviética «destruyó al instante el mayor cambio en el equilibrio geopolítico desde la segunda mitad del siglo XIX». Posiblemente todavía indulgente en exceso hacia la Revolución Cultural en otros aspectos, critica con energía que esta calificase de enemigo planetario el «imperialismo social» soviético, algo que permitió a Kissinger jugar la carta china. Para entonces, el PCI ya no estaba incondicionalmente alineado con Moscú. Mientras que prácticamente todo el movimiento comunista oficial había apoyado la represión soviética del levantamiento húngaro en 1956, el aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968 provocó una especie de aproximación a un cisma occidental, cuando el partido italiano se unió a otros muchos como él y desaprobó abiertamente la acción del Pacto de Varsovia, si bien rebajando su crítica en cuanto se impuso la «normalización».

A pesar de toda su cautela (o peor) acerca del «largo sesenta y ocho» italiano, el PCI fue su principal beneficiario en la izquierda, mientras en la derecha cristalizaba una «estrategia de tensión». En estas circunstancias, extrapolando tendenciosamente de la tragedia chilena en 1973, el secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, promovió la idea de establecer un «compromiso histórico» con la Democracia Cristiana que legitimase al PCI

como «partido de gobierno y lucha»; al final esto se redujo a mera lucha por entrar en el gobierno. Eufórico por su éxito en las elecciones de 1976, cuando obtuvo más del 34 por 100 de los votos, el PCI cayó de cabeza en una trampa que él mismo había confeccionado. Repitiendo las lecciones de la década de los cuarenta, el primer ministro democristiano Giulio Andreotti (a quien podría aplicársele el apodo dado a Giolotti, «ministro de la delincuencia organizada») lo atrajo a un pacto en el que tenía responsabilidad pero no cargo, y mucho menos poder. Estos, por el contrario, estaban monopolizados por un partido que no tenía nada parecido a una mayoría de votos ni escaños. «No se trató de un matrimonio de conveniencia, ni siquiera una alianza, sólo de una relación adúltera casual»: tal es el veredicto de Magri sobre un episodio desgraciado que alimentó los celos del Partido Socialista ante el *connubio* entre el PCI y la DC —hábilmente aprovechados por su nuevo líder anticomunista, Bettino Craxi— y sirvió para atizar el terrorismo de extrema izquierda.

La aparición de un «segundo Berlinguer», después de que este liberase a su partido de la experiencia de la «solidaridad nacional», representa el elemento fundamental del argumento planteado por Magri de que la autoliquidación del PCI una década más tarde fue «completamente infundada». El «giro» de Berlinguer —intervenir en el decisivo litigio en Fiat en 1980; lanzarse al movimiento pacifista, después de romper con la Unión Soviética por los conflictos de Afganistán y Polonia; comprometerse a un referendo sobre la indización salarial; plantear la «cuestión moral», que Magri insiste en que fue de hecho «una crítica radical a todo el sistema político»— fue muy real. Sin embargo, no es culpa de un buen comunista y un ser humano claramente decente, que de haber vivido podría al menos haber ofrecido una oposición limpia, preguntarse si su giro puede soportar el peso de la inferencia que Magri hace de él:

la fuerza que había conservado y las nuevas decisiones e ideas que habían penetrado en él hacían posible que el PCI evitara verse envuelto en la crisis de la Unión Soviética, evitase la disolución y la abjuración, y refundase una izquierda vibrante y significativa, inspirada por los comunistas. Dicho objetivo era difícil, pero no imposible.

Segura al principio —«hacían posible»—, la afirmación se vuelve más tentativa al final: «no imposible». ¿Y si, en contra de como lo interpreta Magri, el impresionante funeral de Berlinguer, tras una prematura muerte durante la campaña para las elecciones europeas en 1984 y el pasajero *sorpasso* del PCI sobre la DC en las urnas, no fue tanto una apoteosis como un involuntario exorcismo del espectro comunista?

De lo que no cabe duda es de que con el partido bloqueado en el gobierno, y en posesión de una base de afiliados en descenso, cada vez más envejecida y menos activa y un porcentaje de voto reducido (aunque sin derrumbarse: 30 por 100 de los votos en 1983 y 26,5 en 1987), una parte sustancial de los líderes no dio credibilidad a la «alternativa democrática» de

Berlinguer —rechazada de todos modos por la intención socialista de hacerse con una parte del botín— y quería librarse de ella. Como ha explicado Aldo Agosti, en cierto sentido la *doppiezza* de la que fue acusado el PCI existía: no como fachada democrática que ocultase una realidad insurreccionista, sino como consecuencia de la coexistencia, bajo el caparazón del «centralismo democrático», de líneas políticas en último término irreconciliables, representadas por corrientes informales: *miglioristi*, *filosovietici*, etc. De ahí el sardónico resumen que Magri hace del mandato del sucesor de Berlinguer, Alessandro Natta: «Un intento de continuar la política de Berlinguer sin sus defectos y, en la medida de lo posible, con el apoyo de Giorgio Napolitano». En otras palabras, a medida que el PCI se convertía en un cajón de sastre de todas las fuerzas de oposición, había empezado a parecerse al *broad church* del laborismo británico admirado por el mentor de Napolitano, Amendola, que en 1964 había propuesto la amalgama del PCI y el PSI en un solo partido obrero unitario.

Con los años, esto sirvió para exacerbar las tensiones entre la moderada orientación interna del PCI —reformismo— y su amenazadora afiliación externa —el comunismo internacional— cuyo punto neurálgico era una organización interna que conservaba el sello del Comintern, junto con las líneas centralistas y burocráticas. Debido a esa afiliación, aunque raída, mientras en el plano de la administración local se obtuvo lo que se ha denominado *conventio ad includendum*, el pacto más notable para excluir al PCI del gobierno central después de 1947 persistió hasta el final. Con la rescisión del acuerdo histórico con la DC en la década de los setenta, sumada al abandono del centro izquierda por parte del PSI en la década de los sesenta, muchos de los líderes y afiliados del partido consideraron que este había agotado su repertorio estratégico como partido residualmente comunista, que poco o nada tenía que mostrar por su esfuerzos en ese aspecto. En consecuencia, la resolución de la contradicción entre la «teoría» y la «práctica» mediante una conversión directa del comunismo nominal a la socialdemocracia existente de hecho pareció el paso obvio, que debería aportar dividendos electorales; algo para lo que la sorpresa de 1989, a un tiempo divina o infernal, proporcionó la oportunidad perfecta.

Finalmente, la operación erró el objetivo. A finales de la década de los ochenta, la socialdemocracia europea pregonada como modelo alternativo estaba también en desbandada, de modo que el antiguo PCI experimentó el impacto combinado de la crisis en ambas tradiciones principales de la política socialista del siglo xx, de igual modo que la Primera República italiana caía en un descrédito terminal. ¿Resultado? El peor posible. Mientras Ingrao invocaba el poema de Brecht, que Magri incluye en su título, en defensa de la conservación de la identidad comunista, su otrora seguidor Achille Occhetto, para entonces líder del partido, citaba, entre todos los poetas, a Tennyson, en nombre de su renuncia: declamando la tornada del «Ulises» del poeta inglés —«Venid, amigos míos. / No es demasiado tarde para buscar un mundo nuevo»— y olvidando, en apariencia,



que Tennyson se basaba en la *Divina comedia*, en la que Ulises recuerda cómo instó a sus compañeros a ser más audaces y de ese modo los condujo a la muerte. Como observa Magri, más entristecido que enfadado, se habían perdido cientos de miles de afiliados y millones de votantes, que no optaron ni por el PDS ni por el partido fundado por quienes se oponían a la abdicación. Posteriores mudas –tanta nueva piel para la misma vieja ceremonia– de Partido Demócrata de Izquierdas a Demócratas de Izquierda, a Partido Demócrata, para llegar finalmente a la tierra prometida de la «normalidad» estadounidense; y sucesivos cambios de dirigente, de Occhetto a D'Alema, a Veltroni, este último exaltando a Obama (y no digamos ya a Robert F. Kennedy), no han servido para nada. Berlusconi fue expulsado por los mercados de deuda pública, para ser sustituido por un banquero central que juró el cargo ante un satisfecho excomunista reciclado.

Esto, y el debate de la Rifondazione comunista, no son de la incumbencia de Magri. En cuanto a esto último, sin embargo, vale la pena señalar que sus temores de «un giro maximalista seguido por una acomodación oportunista» se han hecho realidad, al menos en el segundo caso, provocando un merecido castigo en las urnas en 2008 y una situación en la que, por primera vez desde la Secesión Aventura, ningún comunista ocupa un escaño en la Cámara de los Diputados.

Resumiendo el estado de la izquierda en Europa occidental a medida que avanzaba la década de los ochenta, y anticipando las respectivas opciones de sus mayores partidos comunistas a ambos lados de los Alpes, Magri describe rigurosamente el «cruce de caminos» en el que se encontraba: «Podía aislarse en la resistencia, aceptando la perspectiva de una prolongada decadencia, o avanzar mucho más a la derecha, hacia la democracia liberal, respaldando de hecho el modelo estadounidense e intentando contener sus excesos, u obtener cierta ventaja para sí». Yendo contra la corriente de la propia insistencia de Magri en la completa «absurdez» de la «Operación Occhetto», y en la viabilidad de la senda no tomada, este parecería, por desgracia, el veredicto más verosímil. En todo caso, en ausencia de un «movimiento real» no extraña de Magri, para quien escribir era, como dijo en su libro sobre mayo del 68, un «desperdicio de inteligencia» cuando «ya no constituye un instrumento de acción política, sino un sustituto de la misma», acudiese al Trota de Roth en busca de un epígrafe que ahora suena casi inevitablemente a epitafio. El pesimismo de la voluntad contradiciendo el optimismo forzoso de la inteligencia, ¿adónde si no podría llegar Magri?